

LA VIDA COTIDIANA EN UN CONVENTO COLONIAL: SANTA CATALINA DE SENA A TRAVÉS DE LA ARQUEOLOGÍA

Daniel Schávelzon y Mario Silveira

Resumen

El mundo colonial tiene múltiples entradas, una de ellas es la vida doméstica de las corporaciones que lo conformaban como segmentos casi herméticos. Las monjas de Santa Catalina, al excavar su pozo de letrina, mostraron actitudes de uso de cultura material, consumo de alimentos y formas de descarte diferentes a las de las clases sociales a las que ellas, en el mundo exterior, pertenecían. Pero eso sin dejar de reproducir el sistema de estratos sociales característico del mundo colonial. Era una Orden rica y poderosa que consumía alimentos buenos y variados, pero en vajillas muy modestas y sin objetos personales, salvo una persona que tenía acceso a lo mejor de España. Se contrasta ésto con el siglo XIX tardío donde el consumo entró al convento en forma masiva, reproduciendo lo que sucedía en la sociedad del exterior.

Abstract

Colonial world has multiply entries, such as the daily life of some of the corporations that were part of its hermetic segments. During the excavation of a latrine well of Santa Catalina's nuns it was possible to distinguish a differential use of material culture; food consumption, and discard patterns in relation to the social classes where this nuns belonged in the external world. This can be said without neglecting the reproduction of the characteristic social classes system of the colonial world. This was a powerful and rich clerical order that consumed good and diverse types of food, but using a very rough ware that showed no personal objects -except for a single person that had access to the best of Spain-. This is contrasting to the late XIX century were consumption entered massively to the convent, reproducing the outdoor social system.

Palabras clave

Arqueología - Historia - Buenos Aires - Período Colonial - Cultura material

Key Words

Archaeology - History - Buenos Aires - Colonial period - Material culture

Introducción

La realización de obras de arquitectura en el convento e iglesia de Santa Catalina con el objeto de instalar allí Casa FOA, en junio-julio de 2001, motivó que el Gobierno de la Ciudad a través de la Dirección General de Patrimonio desarrollara tareas de rescate arqueológico. La intención era que en la medida en que los antiguos pisos iban a ser excavados para el paso de cañerías y para cambiar los sectores deteriorados hubiera arqueólogos y conservadores para preservar lo que se hallara en esas operaciones, para que se obtuvieran todos los datos conexos posibles y se preservara un patrimonio histórico de valor que con toda seguridad debía existir en un sitio intocado

durante tanto tiempo (Figura 1). No estaba previsto realizar un *proyecto de investigación* para lo cual no había tiempo, personal o fondos adecuados, pero la realidad del trabajo llevó a desdoblarse las tareas: hacer el control y supervisión de las obras a la vez que la excavación sistemática de un enorme pozo de lo que fue identificado como el sitio de los *lugares comunes*, forma habitual de llamar a las letrinas en el siglo XVIII. Esto último se transformó rápidamente en un proyecto acerca de las condiciones de vida de las monjas en los inicios de su instalación en el convento. Cabe aclarar que éste fue el primero de monjas construido en Buenos Aires y se conservaba en su parte central en forma casi íntegra porque se mantuvo con clausura hasta la década de 1970, en que las monjas se retiraron, momento en que se aprovechó para demoler buena parte del conjunto para vender los terrenos; pese a eso la estructura principal se mantuvo casi sin alteraciones.

Las excavaciones y estudios fueron hechas por los autores con el apoyo de Guillermo Paez, Patricia Frazzi, Luis Eastman, Andrea Caula, Silvia Alvarez, Claudia Calcedo y Matilde Montes.

Los “lugares comunes”

La historia inicial del convento de Santa Catalina ya ha sido narrada en varias oportunidades por diversos autores y por ellos sabemos que ha sido compleja y llena de peripecias. En lo que a nosotros atañe es importante recordar que este edificio, construido por Juan de Narbona sobre planos de Giovanni Bianchi, también llamado Blanqui (Sobrón 1997), fue iniciado en 1738, habiéndolo ocupado las primeras monjas llegadas desde Córdoba en 1745 (Figura 2). Pero en ese momento sólo ocuparon la iglesia y el primer claustro –el actualmente existente- ya que el segundo estaba en obra y en conflicto. El segundo claustro fue completado y ocupado recién en 1755. Lo que vamos a describir está cronológicamente determinado por esas fechas, con algunas intervenciones a inicios del Siglo XIX.

Sabemos que Narbona construyó el edificio en dos claustros, en una ampliación del proyecto inicial de Bianchi que había sido pensado originalmente para un lote de sólo un cuarto de manzana. Esa ampliación fue el centro de graves disputas económicas y llevó a que el constructor no entregara el segundo claustro hasta que no se les abonara todo lo hecho. Por eso, cuando las monjas ocuparon el primer claustro se encontraron con que los *lugares comunes* quedaban en el sector al que no tenían acceso. Esto por cierto era un tema grave, muy grave; más aún dado que deberían existir dos grupos de letrinas ya que no era posible que las monjas de velo negro compartieran el sitio con las de velo blanco, con las donadas o, más grave aún, con las esclavas; los esclavos africanos (hombres) vivían en una casa ubicada cruzando la calle. Los documentos nos hablan de “dos distintos paraxes para los lugares comunes” (Millé 1955:260); cada sector del edificio reproducía la rígida estructura social que imperaba en el convento y los baños también.

En ese momento no hubo otra solución que construir letrinas nuevas en un sitio cualquiera del primer claustro y para ello Narbona eligió un lugar que hoy nos podría parecer exótico: una sala atrás del Coro Bajo en el pasillo de salida ubicado al sureste, hacia lo que era la huerta. El por qué se decidió hacerlo allí es imposible de saber, pero hay dos razones válidas: el fácil acceso a tierra suelta para tirar diariamente en el interior –única forma de evitar los olores-, y porque así no se inutilizaba una celda. Si bien el convento en sus inicios estaba ocupado por poca gente, sólo tenía la mitad del espacio proyectado y un tercio del que tendría medio siglo más tarde cuando había más de 80 personas viviendo en su interior; no era cuestión de desaprovechar espacios útiles.

Los documentos históricos hablan del sitio; cuando el arquitecto Antonio Masella describió el

edificio en 1753 puso una nota al final del texto que dice: "aunque la contrata dice que en el segundo patio debe haber dos lugares distintos para lugares comunes, está hecho el que falta en el segundo patio tras del Coro Bajo del primer patio, conviene y alivio de las Madres, y así tiene cumplido la contrata" (Millé 1955:262). En este caso Masella estaba haciendo un peritaje acerca del cumplimiento del constructor de su contrato original, y destaca que en lugar de los dos baños separados en el segundo patio había hecho sólo uno porque el otro ya estaba detrás del Coro Bajo. Esta descripción clarifica bien acerca de la función de la extraña estructura que habíamos descubierto y excavado; un interesante caso del doble juego entre arqueología y documentación escrita.

El sitio, como fue descrito, es ahora un simple pasillo atrás del Coro Bajo, de paso a la ya destruida ala de la Enfermería y el claustro por el otro lado, es decir la intersección de varios pasos de la vida interna del convento en todas sus épocas. Actualmente no había nada que indicara la presencia de esa subestructura; no obstante, los trabajos efectuados en los muros para controlar la humedad fue lo que llevó a encontrar una abertura que, profundizada, nos permitió identificarla.

La construcción bajo el piso ocupa buena parte del espacio citado y está compuesta por tres paredes que, al apoyarse contra un muro preexistente, dejan un cuarto de 4,45 por 1,80 metros (medidas internas). Queda un pasillo de circulación lateral de un metro de ancho, que facilita el paso hacia la sacristía. Posiblemente ni las letrinas ni el pasillo debían ser lo bastante cómodas para las monjas, pero se resolvió bien la situación. Cuando funcionaron estas letrinas el piso estaba más alto, posiblemente unos 30 cm, y el pozo propiamente dicho estaba formado por una gran bóveda de 4,50 metros de luz libre paralela a la pared y separada de ésta 55 cm. Ese espacio de medio metro sería donde se encontraban los agujeros –y sus asientos superiores- de las letrinas propiamente dichas. La bóveda descendía 2,25 metros hasta apoyarse sobre la tierra y luego seguía un enorme pozo que, calculamos, debía medir unos 10 metros de profundidad que no se completó de excavar por la inauguración del sitio (Figura 3). Esta medida la presumimos porque Narbona hizo en otra casa, en donde vivieron las monjas al llegar a la ciudad, un pozo de "12 brazas" (cerca de 10 metros) y en la casa frente al convento propiedad de las monjas, las letrinas eran "ondas 20 vs" (es decir unos 15 metros). Es interesante que en esa otra casa Narbona había construido las letrinas con bóvedas bajo tierra de la misma forma que ésta: "2 secretas divididas con dos asientos cada una largo 6 vs., ancho 2 ½, hondas 20 vs., con dos bóvedas de cal y ladrillo, la del suelo de ¾ de grueso [...] toda revocada y corriente con sus asientos, tabiques y puerta" (Millé 1955:264). Se entiende que las "secretas" son las letrinas.

En una escala menor ya habíamos hallado una construcción en cierta medida similar: un pozo cuadrado de finales del siglo XVIII construido en Defensa 751 (Schávelzon 1992:105) cuya parte superior tenía una bóveda que no cubría totalmente la superficie; el caso es parecido aunque la estructura está armada en sentido inverso. Otra construcción que podría asociarse a ésta, que sabemos hecha hacia 1800, se excavó en la Casa Ezcurra (Alsina 455) y si bien la bóveda también está colocada en sentido opuesto a la del convento, su dimensión es mucho menor y la estructura inferior no tiene la calidad de ésta (Seró Mantero 2000).

La excavación que se ha llevado a cabo tenía por objetivo, en primera instancia, dilucidar de qué tipo de estructura se trataba y su significación; luego, al definir su importancia entendimos que era una entrada hacia el mundo de la vida cotidiana en el convento de carácter excepcional. En cuanto a interpretar su función se barajaron varias posibilidades por su relación de cercanía con el Coro Bajo –recordemos que el Coro fue también la cripta del convento, al menos para las monjas-

y esto podría ser parte de eso. Pese a que ahora en el Coro Bajo hay una placa que indica que allí está enterrada la madre fundadora, "las religiosas eran sepultadas en el coro, cuyo pavimento de tosco ladrillo podía fácilmente ser removido para cavar en él las fosas" (Udaondo 1945:36). Allí deben descansar gran cantidad de restos humanos ya que las monjas en su traslado se llevaron un único esqueleto suponiendo que sólo la fundadora estaba enterrada en el lugar, error producido por la simple lectura de la placa citada.

Otra posibilidad analizada era que esta estructura fuera el resultado de una modificación introducida al proyecto original por los conflictos que hubo con el constructor y por la necesidad de adaptar el proyecto de Bianchi a un terreno más grande. Sólo al llegar abajo del apoyo de la bóveda, cerca de dos metros de profundidad, donde termina la alteración producida por el derrumbe de la estructura hecho en 1808, fue posible entender que era una letrina, porque al no haber sido alterado se encontraron los sedimentos típicos producto de la descomposición del material orgánico. Esto ratificó lo que, más tarde, los documentos históricos volvieron a confirmar.

El interior estaba relleno de tierra y escombros que, en forma de estratos pequeños e interrumpidos, se superponían una y otra vez. Era evidente que se había ido arrojando ese sedimento muy lentamente, quizás en baldes, actitud típica para una letrina, de forma de ir evitando los olores diarios. Esta tierra contenía la basura de su época y quizás la que ya tenía en su interior desde antes de trasladarla. De esa forma fueron a parar allí cantidades de fragmentos de cerámicas de uso diario, rotas en el trajín cotidiano, huesos de la comida y escombros de obras. Entre ellos hay que destacar la presencia de bacines españoles (bacinicas o peuelas) del tipo Azul-Verde sobre Blanco y lógicamente asociadas al uso del lugar como baño. Por ello hemos supuesto que se trataba de lo que denominamos "basurero secundario"; volvemos sobre el punto más adelante.

El grueso del material cultural hallado lo componen vasijas cerámicas muy modestas de lo que se denomina Cerámica Criolla, desde tinajones para agua y vino hasta tinajas menores para la mesa, mucha cerámica de tradición indígena entre ellas la Monocromo Rojo proveniente del Litoral y afiliada a lo habitualmente conocido como cerámicas guaraníticas, e incluso cerámicas indígenas esgrafiadas y pintadas muy raras de hallar en Buenos Aires. Hay una única pieza casi completa de mayólica europea y se trata de un plato francés esmaltado en blanco y pintado en azul característico del inicio del siglo XVIII. También se hallaron una docena de fragmentos de mayólicas españolas de los siglos XVII y XVIII y, extrañamente, tres fragmentos de la lujosa vajilla Reflejo Dorado, fabricada en Valencia y cuyo uso se asociaba a la realeza. Hubo gran cantidad de mica, lo que es habitual en los conventos ya que se usaba para recortar flores que se cosían a las mortajas.

Al parecer, y según la documentación publicada, en 1808 se construyó el ala este del convento –la enfermería-, cuya unión con el primer claustro se hacía exactamente por el pasillo en el que estaban colocados estos baños. Al hacer esa obra era ya imposible que siguieran existiendo por lo que no sólo se demolió todo sino que se destruyó el arco inferior arrojando el escombros en el interior para poder nivelar los pisos. Es posible que para esa época ya hubiera quedado fuera de uso desde algún tiempo atrás. Luego de eso se colocaron vigas de madera cruzando el gran hueco, tras empotrarlas en la pared con agujeros burdos que aún son visibles, y se hizo el piso manteniendo el nivel original. En ese momento se modificó el paso por el costado del Coro hacia la Sacristía, haciendo una puerta al este, cambiando las bóvedas y otros arreglos menores que afectaron todo este sector del edificio.

Que se trata del paso a la enfermería no hay duda porque los documentos indican con claridad

las diferencias constructivas entre el convento original hecho por Narbona y esta nueva ala. El antiguo era de techo de bóveda y paredes revocadas con cal, el nuevo era de techo de vigas de madera y paredes "de embostado con paramento blanqueado" lo cual, en el sector conservado se mantiene en perfecto estado.

La demolición de la habitación de las letrinas fue hecha tardíamente y ya dijimos que suponemos que 1808 es una buena fecha para asumir, en la que coinciden bastante bien los documentos y la evidencia material. Dentro del pozo los escombros de ladrillos y cal formaban una gruesa capa en la parte superior, lo que indica una vez más que esto se arrojó dentro del pozo. De esa forma se llenó totalmente y luego se hizo el piso. Lógicamente ese derrumbe de grandes ladrillos en bloques penetró dentro del sedimento flojo y húmedo del interior, llegando hasta casi un metro de profundidad alterando un nivel que era para nosotros importante: la transición entre el relleno antiguo y el nuevo. Es por eso que en el análisis de los materiales es difícil indicar con certeza la antigüedad contextual de algunos de ellos.

Cabe preguntarnos si esta estructura de letrina es habitual. Realmente es difícil responder ya que a la fecha es poco lo que sabemos en el país, porque se trata del siglo XVIII inicial y de un convento y no de casas privadas que es sobre lo que tenemos más información de la cual algo ya hemos citado antes. En cuanto a los edificios religiosos hasta ahora conocemos bien los *lugares comunes* del convento de Alta Gracia, Córdoba y del edificio de la Compañía de Jesús en Tucumán. Del primero podemos decir que es un sistema diferente, muy sofisticado y resuelto en dos pisos mediante una pared doble que servía para que los desechos cayeran en una acequia que lavaba el lugar; del segundo sabemos que estaban al nivel del piso y los desechos quedaban en una estructura bajo tierra de poca profundidad (1,50 metros), a la que se accedía por una escalera, la que debía ser vaciada a mano en forma habitual (Gómez 1997). Otros pocos casos similares en Buenos Aires ya han sido publicados excavados en la zona de San Telmo y del centro y luego los citamos.

Los materiales excavados en los "Lugares Comunes"

Entre los objetos de la vida doméstica excavados hay que destacar los hechos en vidrio porque representan un conjunto interesante: en primer lugar hubo un total de 58 fragmentos; esto representa un total del 4,52 % de toda la cultura material recobrada (exceptuando huesos y ladrillos). Esta cifra no puede considerarse baja ya que como hemos establecido en trabajos anteriores, el vidrio fue un artículo raro y caro en Buenos Aires hasta finales del siglo XVIII o los inicios del XIX. Es más, si le sacamos los 24 fragmentos de vidrio plano encontrados en la parte superior, que son más modernos –de las alteraciones de finales del siglo XIX–, resulta que el vidrio era realmente raro en el convento. Pero de los 34 objetos que podemos considerar de la primera época 18 de ellos (el 52,94 %) corresponden a botellas que en su origen fueron de vino y ginebra y que seguramente siguieron siendo usadas en la cocina o mesa; a eso podemos sumarle al menos seis fragmentos de vidrios transparentes que fueron parte de vasos, con lo que la vajilla de cocina-mesa fue el 66,66 %. El resto era de tocador o farmacia: al menos un perfume verde claro, dos botellas de base rectangular, otros dos color verde claro de frascos de tocador y cuatro fragmentos no identificados. ¿Estas proporciones reflejan las condiciones de vida del convento? Es difícil saberlo, pero la evidencia material nos indica esto. Todos los vidrios (a excepción de los planos) fueron fabricados mediante el soplado a mano y son seguramente importados.

Las cerámicas halladas muestran un panorama muy interesante para Buenos Aires; básicamente hay dos conjuntos que obedecen a la secuencia de depositación: la de arriba más moderna y la de abajo más antigua. La superior, reducida en cantidad y variedad e introducida como ya dijimos en las obras de 1808 y a lo mejor en alteraciones posteriores, está conformada por un pequeño grupo de cuatro porcelanas europeas, dos fragmentos de macetas comunes, un gres de tintero inglés y otro de una botella de ginebra, 26 fragmentos de lozas Whiteware y 19 de Creamware.

Ya también dijimos que el límite entre lo considera "antiguo" y lo más nuevo, es en realidad poco muy claro debido al derrumbe de ladrillos del piso que penetraron bruscamente en los niveles inferiores. De allí que haya un conjunto de materiales de difícil atribución ya que podrían pertenecer a un momento o al otro, tal como las mayólicas Triana (47 fragmentos) e incluso las de Alcora (6 fragmentos). Veremos luego lo que esto puede significar.

En los niveles inferiores se hallaron 1036 fragmentos, de los cuales corresponden 742 a tinajas de producción regional del tipo de las utilizadas para transportar vino en su enorme mayoría –es decir de forma ahusada y de boca estrecha-, hubo 110 mayólicas, 104 cerámicas de tradición europea con y sin vidriado y 127 de cerámicas de tradición indígena e hispanoindígena en especial del tipo Monocromo Rojo.

Las mayólicas conforman –si incluimos a las Triana y Alcora- un grupo del 10,19 %, lo que indicaría que en el convento eran pocas las monjas que las usaban. Si entramos a detallarlas hubo 25 fragmentos que provenían de un mismo plato de mayólica francesa del siglo XVIII, sobriamente decorado con un grupo floral al centro y una cenefa geométrica; es un tipo de cerámica muy raro en la ciudad, sin duda de gran lujo y entrado de contrabando. Este único plato representa más del 20% del total de mayólicas en fragmentos; debió arrojar-se casi entero al pozo, cosa muy diferente de las demás mayólicas que no forman parte de las mismas piezas. Hay además 17 fragmentos del tipo Bacín Azul-Verde sobre Blanco, usados precisamente como bacines; el resto son tres mayólicas del tipo denominado de Reflejo Dorado muy raras y costosas, usadas habitualmente en España entre cortesanos o gente muy pudiente, seis talaveras, seis de Alcora, posiblemente seis portuguesas y el grupo mayoritario: 47 fragmentos de Triana que ya dijimos que pueden ser más tardías: finales del siglo XVIII o inicios del XIX.

Las cerámicas de tradición europea son: 17 verde sobre Amarillo de Pasta Blanca, 13 de botijas de Sevilla, 2 de Verde sobre Amarillo de Pasta Roja, 3 Carrascal y 26 Verde Utilitarias –también algunas posiblemente tardías-, en un total de 5,88% al que si le quitamos las del tipo Verde Utilitario se reduce al 3,37%, lo que es realmente bajo para lo observado en la ciudad. Las botijas eran usadas a diario ya que un documento con los gastos efectuados por Narbona indica "tres botixas de grassa a 4 ps." (Millé 1955 (I):238).

Las cerámicas indígenas son en cambio más numerosas ya que conforman al menos un 11,20 % del total; pero hay que destacar que hay una fuerte presencia de cerámicas cepilladas que no sólo son más antiguas que el siglo XVIII esperado sino incluso poco frecuentes en la ciudad; hubo 29 fragmentos de éstas y del Monocromo Rojo sólo 14. Veremos luego cómo interpretamos estas cifras. De la cerámica que últimamente consideramos como Afro sólo hay, y discutidamente, 10 fragmentos; cuatro son de un candelero para tres mechas y las demás de una vasija con la pared pulida, lo que nos lleva a dudar que realmente sean esto

pero no tenemos otra explicación a la fecha.

En síntesis: hay una fuerte presencia de materiales locales/regionales de bajo costo: entre lo considera indígena o hispano-indígena, las tinajas de vino y lo poco que podría ser Afro tenemos un total de 80,39 % del total absoluto, incluyendo lo posiblemente más moderno. ¿Nos permite decir esto que en el convento se usaban objetos de bajo costo, simples, rústicos, modestos? ¿y que sólo una persona usó un plato francés y muy pocas debieron usar mayólicas españolas y muy tardíamente? ¿Por qué muy tardíamente? ¿podemos inferir que en la vajilla de cocina y mesa, la vida material en la Orden quedaba bajo los Votos de Pobreza salvo para unas pocas?

En la excavación se encontraron una cantidad importante de materiales de construcción, en especial fragmentos de ladrillos que no se contabilizaron pero que formaban parte del sedimento mismo en diferente grado de fragmentación. Además había 107 fragmentos de tejas hechas a mano, seis piedras diversas, seis clavos de perfil cuadrado, una chapa de hierro muy alterada, diecinueve revoques de cal que presentaban restos de pinturas superpuestas, o blancas o blanco abajo y celeste agrisado encima.

Se encontraron siete azulejos, cinco de ellos corresponden a fragmentos de los usados en el Coro Bajo, decorados con una crátera de color azul y alocuciones a la Virgen María. Hubo dos fragmentos de azulejos españoles. Es posible que los azulejos actuales en el Coro y que coinciden con los excavados, tal como escribió Millé, no sean los originales, ya que seguramente debieron ser del tipo de los colocados y aún existentes al pie del arco que se abre hacia el presbiterio. Si es así, y fueron cambiados, quizás los fragmentos hallados correspondan al material descartado en ese momento. Hay que destacar que en el citado friso en el Coro hay un único azulejo ubicado justo al centro que presenta el ramito típico de la cerámica alcoreña y que debió quedar de la decoración original. Millé indica que los azulejos fueron puestos en 1925, a la vez que señala que hubo un arreglo del interior en 1881; creo que debe haber un error en las fechas manejadas por el autor (Millé 1955 (II):38) ya que para nuestro parecer fueron colocados un siglo antes.

Se encontraron algunos otros objetos: un botón de nácar, una pipa del tipo considerado como utilizado por la población Afro o esclava, muchísimo carbón, gran cantidad de hojas de mica, cuero de una suela de zapato, un fleje de un barril, un herraje de bronce, un cuchillo y un tenedor de dos dientes.

Se hallaron 2659 fragmentos óseos, de éstos hemos asignado nivel taxonómico a 1935 restos, lo que hace un 73,60 % de reconocimientos. Los 694 restantes son imposibles de asignar a ningún nivel por tratarse de trozos muy pequeños o fragmentos poco significativos para identificarlos.

GENERO Y ESPECIE	NOMBRE COMUN	NISP	MNI
<i>Bos taurus</i>	Vacuno	79	9
<i>Ovis aries</i>	Oveja / cordero	98	5
<i>Sus scrofa</i>	Porcino	2	1
<i>Gallus gallus</i>	Gallina/pollo	154	18
<i>Melagris gallopavo</i>	Pavo	9	1
<i>Anas sp.</i>	Patos	9	3
<i>Nothura maculosa</i>	Perdiz chica	9	2
<i>Columba livia</i>	Paloma doméstica	15	2
<i>Canis familiaris</i>	Perro	2	1
<i>Ratus sp.</i>	Rata	13	4

FAMILIA	CANTIDAD FRAGMENTOS
Anatidae Patos/gansos	7
Rheidae Ñandú	1*

CLASE	CANTIDAD FRAGMENTOS
Ave Aves en general	142
Pez Peces en general	156
Mammalia indet. Mamíferos en general	1240

* Hay seis cáscaras de huevos de esta familia, probablemente de ñandú. Hay también dos cáscaras de huevos que pueden ser de *Gallus gallus* o de Anatidae.

Hay cuatro fragmentos de valvas (dos nacaradas) todas oceánicas. Hay otra entera que identificamos como perteneciente a la familia *Gaianartidae*, una valva pequeña de 20 por 16 mm, también de tipo oceánica, que se encuentra desde Brasil hasta el extremo sur de nuestras costas.

Hay que anotar que se halló un carozo de durazno.

Se han reconocido a nivel de género y especie 390 fragmentos (20,03 %), a nivel de familia 7 (0,36 %) y a nivel de clase 1538 fragmentos (79,6 %). La media de fragmentación de los restos es de 5,06 cm, un dato común en los basureros que hemos examinado. El peso total del material analizado sumó 20,823 kg.

Los huesos de *Bos taurus* muestran una representación esqueletaria completa con énfasis en la utilización del cuarto trasero, el de mayor rinde de carne; de esos restos surge el MNI de 9, mientras que para cuarto delantero es sólo de 3.

Los huesos de *Ovis aries* muestran una representación esqueletaria muy completa, tanto para los animales adultos como para los juveniles, lo que hace suponer que hubo entrada del animal entero para su consumo.

Sin duda que lo más llamativo es el alto consumo de *Gallus gallus*, el mayor que hemos registrado al presente en la ciudad de Buenos Aires. Presumimos que en los terrenos del Monasterio había un gallinero que proveía de aves domésticas, ya que a la presencia de gallinas y pollos

hay que agregar patos y pavos. Los dieciocho ejemplares detectados permitieron realizar un estudio sobre *Gallus gallus* para la época: preveíamos que para la época la raza de este plumífero correspondía a la introducida por los españoles, es decir un animal más pequeño que la de razas actuales (*Rhode island* o *Leghorn*, por ejemplo), que aún perdura en la llamada "criolla" siendo un animal más pequeño que las razas caseras de hoy. Incluso en la iconografía, por ejemplo la de Prilidiano Pueyrredón para mediados del siglo XIX (Luna *et al.* 1999:137), o la de trabajos de recopilación iconográfica (Del Carril 1964), nos muestra gallinas, gallos y pollos que pertenecen a ese tipo de raza criolla. Además, entre el material que rescatamos hay clara evidencia de una raza más pequeña aún: presumimos que se trataba de las llamadas gallinas «pigmeas», que incluso aún hoy se ven en los gallineros rurales. Para identificarlas centramos la observación en los fémures, pues es un hueso que permite observar por su tamaño y crestas de inserción de tendones y músculos si es un animal grande o chico y si es adulto. También este tipo de raza "pigmea" refuerza la hipótesis de existencia de un gallinero, pues nadie compra un animal pequeño teniendo opción por otro mayor y pudiéndolo pagar. Pero tratar de diferenciar pollos o gallinas con este panorama es dificultoso sino imposible y lo más convenientes es utilizar un criterio de tamaño; hay nueve ejemplares de los que llamamos "chicos" y nueve de los "grandes". La presencia de pato y pavo es discreta y posiblemente también formaban parte del gallinero. En cuanto a *Nothura maculosa* el consumo fue moderado, pero esta ave de caza debió ser comprada en el mercado donde no era barata si la comparamos con la carne vacuna. La presencia de *Columba livia* es interesante; nunca habíamos observado tal presencia en Buenos Aires pese a que sabemos que sí era alimento habitual, esto permite suponer la presencia de un palomar.

En cuanto a *Canis familiaris* sólo hay dos falanges. Esto presenta un problema de identificación ya que la literatura especializada no diferencia las falanges entre *Canis familiaies* y *Felis catus* (Hillson 1992), esto es interesante ya que la Orden no permitía a las monjas tener animales domésticos (Braccio com. pers.). Por qué nos decidimos por perro y no gato, es porque el gato no aparece en los testimonios coloniales que hemos rastreado.

La cantidad de peces si bien es alta, al compararla con otro pozo de basura perteneciente a una comunidad católica es decididamente menor (Schávelzon y Silveira 1998). Esto refuerza nuestra hipótesis del basurero secundario, puesto que la expectativa era de mayor cantidad de restos de peces.

La cantidad de restos asignados a Mammalia (predominan en el conjunto) dan un total de 1240 fragmentos, los cuales en un 90,10 % están conformados por fragmentos de costillas, vértebras y diáfisis. Esta fragmentación probablemente fue hecha en la cocina, pero imposibilitó su clasificación a un nivel taxonómico más preciso, en particular las costillas y vértebras, de baja resolución.

Finalmente hay que mencionar que hallamos el uso de huesos para la elaboración de instrumentos óseos. Hay quince probables instrumentos, con evidencias de utilización, son siete punzones y ocho agujas para tejer. Por lo menos un caso, un punzón muy bien formatizado, fue realizado sobre una espina dorsal de un siluriforme grande y por cierto varios instrumentos fueron realizados en huesos de pescados. También hay un pequeño fragmento de hueso delgado de unos 4 cm de longitud por 2 cm de ancho que tiene una perforación bicónica como si se hubiera utilizado como colgante.

Un punto a considerar es la procedencia de los restos. Los hechos observados nos dicen que se trata de un basurero secundario, es decir que el aporte proviene de la tierra que se traía del

huerto para tapar y paliar los olores que se originan en este tipo de instalación sanitaria. Para apoyar esto está la densidad de hallazgos: si consideramos que de acuerdo a las dimensiones del pozo excavado y que se ha extraído sedimento hasta 3,60 metros, tenemos unos 14 metros cúbicos de sedimento, lo que da una densidad de hallazgos de unos 200 fragmentos óseos por metro cúbico. Recordemos que un basurero primario puede llegar a tener 1000 o más fragmentos óseos, como ya hemos apreciado en otros sitios (Schávelzon y Silveira 1998, 2001). Tampoco se han observado restos orgánicos adheridos a los huesos (lípidos) y en sólo cuatro hubo resultado positivo (prueba con agua oxigenada 20 vols.) sobre un total de 1932 huesos examinados. Sin embargo, se arrojaron restos directamente en la letrina en algún momento; una prueba de ellos son los restos de la mayólica francesa ya citada y varias tinajas. De todos modos se trataba de basura generada por las comidas diarias que fueron trasladadas del basurero que presumimos en el huerto a la letrina salvo una que otra excepción.

Otro punto es a quién del convento adjudicamos los restos analizados. Los datos testimoniales, por lo menos los de Torres Briceño, impulsor y benefactor del convento, nos hablan de cómo se debía conducir la vida monacal futura pues escribió en 1723 "que todas las monjas hagan vida común y coman en el Refectorio salvo las enfermas impedidas o que tengan licencia de la prelad»" (Udaondo 1945:11). Pero una cosa es lo que escribió y otra lo que pudo suceder en realidad años más tarde. En verdad no tenemos elementos testimoniales que hablen de la comida en el convento, e incluso cómo y quiénes se sentaban a la mesa, pero dada las jeraquías establecidas nuestra hipótesis es que hubo mesas distintas, las monjas de velo por un lado, el resto por otros lados incluyendo las que estaban en la cocina y las encargadas del servicio de mesa; no sabemos si a su vez había comidas diferenciadas.

Considerando así las cosas tenemos una Conducta de Consumo correspondiente a un grupo que entendemos como: "una colectividad cuyos miembros muestran creencias comunes, valores, actitudes, estándares de conducta, así como también símbolos que representan al grupo" (Henry 1991:36). En nuestro caso la colectividad son las monjas de un convento que habrían tenido una diversidad de alimentos, de carnes rojas en primer término con vacuno y cordero, con un alto consumo de aves de corral, -el mayor que hemos detectado en Buenos Aires-, y algunas de caza, como así también de palomas; hay alto consumo de peces, aspecto que es de esperar en una comunidad que tendría muchos días al año de abstinencia de carnes rojas, cosa similar a lo que excavamos con los dominicos.

En cuanto a preparación de comidas hay evidencia de largos hervidos de carne vacuna, esto por los huesos desoldados, como por ejemplo las cabezas de fémur y las tapas de vértebras. También hay tapas de vértebras de ovino, lo que también indicaría que con esa carne se habrían hecho cocidos o pucheros. Un dato histórico está en la carta que la priora remitió al arzobispo de Charcas por la irrupción de las tropas inglesas en el Monasterio en 1807; apoya lo anterior cuando dice que "se dispuso un puchero para alimentarnos esa noche, en particular para dos de mis hijas que por sus enfermedades se hallaban moribundas" (Udaondo 1945:63).

Las cáscaras de huevos sugieren la preparación de comidas más elaboradas o la elaboración de pasteles. El carozo de durazno apunta a los postres y a la posibilidad de la presencia de estos árboles en el huerto, cosa común en época colonial para el doble propósito del fruto y la leña.

Una presencia extraña es la de las valvas oceánicas. No tenemos explicación para ello ya que los fragmentos no tienen ningún signo de haber sido utilizados para algún uso. Quizá las piezas

nacaradas intervinieron en algún bordado pero la valva de la familia Gaiantidae es una presencia insólita.

En resumen, esta Conducta corresponde a un grupo de la clase media alta de Buenos Aires, tal como se ha definido para la época (Moreno 1965) y a una orden religiosa donde los votos de pobreza no se habrían extendido a la comida.

Respecto al instrumental óseo hallado es llamativa la cantidad de ellos, aunque no es un caso excepcional pues los hubo en la excavación de la Casa Ezcurra, aunque en menor cantidad (Silveira 1999a). En este caso el uso pareció destinado a bordados y tejidos. Hay datos testimoniales que las monjas realizaban trabajos de esa índole en el siglo XVIII; éstos dicen, por ejemplo, que "En el año de 1755 las Monjas Catalinas bordaron el Real Estandarte de la Villa de Luján, con la que ésta se juró, y tuvo la gloria de flamear en el combate de Perdriel contra los ingleses" (Udaondo 1945:45). Las prácticas de bordado fueron continuas y se mantuvieron en el tiempo trabajando en vestimentas y mortajas.

En este análisis de material óseo se ha seguido la metodología y marco teórico que hemos utilizado y explicitado en trabajos anteriores (Henry 1991; Silveira y Fernández 1978; Silveira y Lanza 1998, 1999) y se ha prestado particular atención a los procesos tafonómicos, aspecto que debe preceder al estudio zooarqueológico (Bernáldez 2001; Landon 1996). Al respecto se observa en primer lugar que se trata de un pozo sellado partir del inicio del siglo XIX con lo cual estuvo exento de los procesos postdeposicionales tan comunes en los sitios de la ciudad de Buenos Aires (nuevas edificaciones, rellenos recientes y otros). En cuanto a procesos tafonómicos no parecen haber tenido incidencia ya que sólo el 4,10 % del material examinado presentaba síntomas de ese ataque, contra un 94,60 % en buen estado de conservación, el restante 1,30 % eran huesos quemados y/o calcinados. La conclusión es que los procesos tafonómicos no habrían alterado significativamente al material, más aún pocas veces se ha observado en los sitios en Buenos Aires un porcentaje tal alto de buena conservación ósea.

El tema de los esclavos del Convento

En la excavación se hallaron muy pocos objetos que pudieran ser atribuidos a la población esclava del convento. Es cierto que no es fácil esta atribución y en general hasta ahora sabemos que no siempre éstos utilizaron objetos diferentes a los de la población blanca, pero era necesario mantener la mira abierta. Únicamente se hallaron dentro de las cerámicas una pequeña pipa, un candelero y algunos fragmentos de cerámica, aunque ya dijimos que esto es discutible. Pero sí sabemos que la Orden tenía bastantes esclavos aunque éstos vivían en un edificio en la manzana de enfrente que quedó debajo de lo que ahora son las Galerías Pacífico. Es posible que, por esa misma razón, la basura generada por ellos quedara en ese sitio. Desconocemos qué funciones cumplían dentro y fuera del convento, pero sí posiblemente debían ser los encargados de arrojar la tierra para llenar la letrina. La pipa hallada es del tipo que se ha identificado como muy usadas por los esclavos africanos y en especial por las mujeres negras (Schávelzon 2001); su presencia en la letrina es muy intrigante.

Dentro del conjunto sabemos por varios documentos que existía "una sala o capilla pa. entterar los esclavos de 15 ½ va. de largo y 5 de ancho" a un lado de la iglesia propiamente dicha (Millé 1955 (II):261); entendemos que debe tratarse del espacio longitudinal en el exterior sur de la iglesia que luego sirvió de sacristía. Ahora se entra a él desde el pórtico y tiene en total el doble de esa

medida original. Es la primera vez que encontramos en la ciudad una capilla para enterrar esclavos en el conjunto mismo, como una construcción específica y no simplemente en el cementerio, quizás eso se deba a que en los inicios no se disponía de esos terrenos por los conflictos con Narbona y lo resolvieron de esta manera; en la Catedral de Córdoba –también proyecto de Blanqui, se produce una situación semejante con una alargada “capilla de negros” ubicada en el mismo lado de la nave que la de Santa Catalina. Otro documento de 1753 describe el sitio: “En dicha iglesia al lado de la parte sud se halla un salón, o capilla qe. sirve para enterrar los esclavos del Monasterio, largo 16 vs. Ancho 5, de boveda” (Millé 1955 (II):268).

Respecto a la casa en que posiblemente vivían los esclavos tenemos un descripción de 1753; era una casa propiedad de Narbona y cuya tasación fue hecha por Antonio Masella:

“1: Corredor al oeste, con ocho pilares seis divisiones con puerttas para vivir negros ancho 4 vs ynculsa la pared.

1: Sala con 20 vs de largo y 6 ½ de ancho.

1: Cozina de 10 vs y 6 ½ de ancho, con un Pasadizo en medio para el segundo patio, todo texado y bienecho.

1: Sala de 10 vs de largo y 6 de ancho, y un pedazo qe. Hay edificado para empezar una Sala

Esta segunda casa toda de barro y ladrillo exzepto arcos, ventanas, puerttas y cornizas que son de cal y la cornissa de 5: ladrillos” (Millé 1955 (II):265).

Esta descripción es interesante ya que muestra un edificio del siglo XVIII con un área para los esclavos al frente. La duda que nos queda es si esos eran los esclavos que usaba Narbona en la obra o si siguió así para la Orden por más tiempo, que es lo que parece más acertado. Los testimonios dicen que Torres Briceño compró el 8 de abril de 1724 en el Real Asiento de Negros de Inglaterra ocho negros y tres negras, de los cuales seis eran para el Monasterio (Udaondo 1945:129). Estos negros aparecen en el testamento de Torres Briceño pero no se les da destino (Millé 1955 (I):103). A su muerte quedaron a disposición del albacea, el que en principio intentó venderlos, aspecto que no parece concretarse pues en 1737 por lo menos dos de los esclavos afro estaban trabajando como albañiles en la construcción del Monasterio. Quedan los interrogantes abiertos.

El túnel bajo la puerta

Durante la excavación del piso del pasillo a un lado del gran pozo de la letrinas, se ubicaron debajo de las dos puertas que están al este y al sureste, dos túneles o pasadizos de 87 cm de ancho. Lamentablemente no pudieron ser excavados en su totalidad –ya se describió la situación de rescate en tiempo menos que corto- por lo que desconocemos su altura, pero suponemos que en origen debió poder pasar una persona por ellos. Se descendió hasta 1,60 metros en que se suspendió el trabajo.

Estos túneles están construidos con el edificio mismo, es decir que cuando se hicieron los cimientos se dejó un paso que fue abovedado ligeramente mediante unos ladrillos dispuestos a las apuradas pero que han resistido bien el tiempo, y si bien no se cuidó la terminación de los laterales es evidente que no quedó nada que interfiriera el paso. Luego fueron rellenados con tierra para hacer los pisos, desapareciéndolos hasta el presente. El pozo de la letrina es posterior al túnel ya que lo cubre parcialmente. En uno de los dos, en el ubicado al este, se encontraron varios huesos identificados como de vacuno y una botella casi completa de vino de vidrio negro, de fabricación inglesa, que por su forma, pico y manufactura fechamos hacia 1810. Si el ala de la enfermería se

construyó en 1808 tal como indican los documentos, es posible que este material haya sido depositado en esas obras; pero de lo que sí no hay duda es que los pasos bajo los muros son anteriores y parte integrante de la construcción del edificio.

Su propósito, su función, es imposible de determinar en el estado actual de lo que sabemos del sitio. La única otra hipótesis posible era que no se tratara de un paso, sino que los cimientos habían sido construidos dejando espacios o cortes por lo que al sacar la tierra quedaba un paso que en realidad no lo era; si bien esta interpretación es tentadora, todos los cimientos observados son continuos, incluso bajo los pilares del claustro en que cada pilar bien podría haber sido construido aislado de los otros.

Los hallazgos en las zanjas y celdas

El trabajo de supervisión de la excavación de zanjas en diferentes zonas del conjunto arrojó una gran cantidad de información sobre la historia del convento y su uso cotidiano. Aunque hay que decir que sólo se trató de una operación de rescate de lo que se iba hallando a medida que se excavaba, la extensión de estas zanjas (cerca de 250 metros), su gran profundidad (hasta dos y medio metros en algunos casos) y la riqueza del terreno, dieron información significativa.

El perfil estratigráfico básico, repetido en casi todo el terreno interno del edificio y su claustro, se encuadra en una secuencia de eventos que se producen entre los 75 y 120 cm de profundidad hasta llegar a la tosca, tierra natural, intocada, de gran contenido de arcilla y previa a toda ocupación humana del terreno. Sobre la tosca original se encuentra en gran parte del sitio una gruesa capa de tierra negra, el antiguo humus, que presenta restos de ocupación: algunos huesos de animales, cerámicas y escombros; pero generalmente está limpia, lo que corresponde bien a la documentación histórica que nos indica que el sitio casi no estaba ocupado. La única referencia que hemos hallado referida a construcción en esta manzana previa a las obras, es una que cita la presencia de "*una casita*" en el sitio exacto donde luego se construyó la iglesia (Peña 1910 (IV):436). Sobre ese nivel el constructor colocó una capa de polvo de ladrillo, de unos 2 cm de espesor. Esto, que en los perfiles parece un piso antiguo, es una técnica constructiva muy hábil para emparejar el suelo, afirmarlo y posiblemente aislar la humedad. Sobre esta capa se colocó otra de unos 30 cm de espesor de tosca usada como relleno, la que al estar revuelta no es firme como en su estado original. Por lo general es limpia de restos culturales y se debe haber colocado en una gran operación de nivelación del terreno, digna de ser tomada en cuenta por el volumen que significó en media manzana. Encima de ésta se colocó una nueva capa de polvo de ladrillo de dos centímetros y de allí para arriba tenemos los rellenos y evidencias de uso desde el siglo XVIII a la actualidad; este nivel superior habitualmente está totalmente alterado por las obras de la década de 1970. Este esquema se repite, con variedades, en las celdas, en la galería del claustro y en el patio que limita hacia la calle Córdoba donde estaba el segundo claustro.

En las zanjas excavadas en los terrenos exteriores al perfil estratigráfico es diferente: no hay los niveles de polvo de ladrillo ni la tosca revuelta superior. Es evidente que Narbona sólo niveló e impermeabilizó las zonas de los dos claustros y no lo que iba a estar destinado a huerta o cementerio. En este caso, al hacerse el bloque que iba hacia la calle Reconquista, posiblemente en 1808, se colocaron dos capas de tierra con escombros para lograr el nivel del terreno deseado, 80 cm arriba del humus original.

Una de las expectativas era encontrar un multicitado sótano, ya que sabíamos que el edificio

"en un corto tramo paralelo a la calle San Martín tiene subsuelo" (Sobrón 1997:228), lo que también habían aseverado Udaondo y otros autores. Al menos el corte de dos de las celdas en ese lado no mostró la existencia de esa construcción, aunque no significa que no la haya en algún sitio.

El tendido de las zanjias en el patio del claustro permitió hallar, además de evidencias constructivas de los sectores ya destruidos, una enorme cantidad de objetos relacionados con la vida doméstica del convento formando tres tipos de conjuntos: el de lo usado como parte de la decoración del jardín mismo, el de lo posiblemente extraviado y lo que fue enterrado como basura o con otros propósitos. En primer lugar lo utilizado como macetas, maceteros y canteros ha sido de una variedad inusitada; todo sirvió para eso. Un conjunto que llamó la atención por su antigüedad es el de dos grandes tinajas de manufactura hispano-americana, pintadas de rojo en la tradición indígena y con decoración en blanco, que fueron halladas rotas en grandes fragmentos con tierra en su interior; se trata de objetos muy antiguos que quizás formaron parte de la decoración inicial del jardín (Figura 4). Con los años es evidente que fueron reemplazados por otros maceteros, también de cerámica, que se fueron rompiendo cada vez hasta llegar a las macetas modernas. La variedad de este tipo de recipientes es grande y muestra que era importante este tema para las monjas.

Entre los envases de vidrio hubo un cantero formado por veintisiete botellas enteras clavadas de punta; la mitad eran de agua mineral, de un tipo que fue muy usado hacia 1900 cuyo nombre era Krondorf (envasada por Julio Kristufer), y la otra mitad de un licor llamado Bitterquelle, envasado por Hunyadi Janos en Saxlehners; hubo cientos de pequeños fragmentos de ambos tipos de botellas pero que por las condiciones del rescate no pudieron ser recuperados. Hubo frascos de productos farmacéuticos del siglo XIX tardío y de todo el siglo XX: "Piperazine Effervescente Midy" y un gran frasco marrón "de los hermanos maristas", varios de "Gibson Rolón & Cía. Marca de comercio, calle Defensa 219-223-225" y de su precedente "Droguería Rolón, antigua de Torres, Defensa 201 al 215, Buenos Aires", también de la "Farmacia Inglesa Murray, 501 Florida 507, Buenos Aires" y de "Carlo Erba, Milano, Magnesia Calcinata".

De lo perdido hay de todo: desde bolitas de vidrio hasta monedas, cadenitas, caireles y adornos que debieron ir a parar al barro de días de lluvia. Y de lo enterrado uno puede preguntarse qué sentido tiene que en el patio de un claustro se entierren objetos. Es difícil de explicar pero son cientos los objetos hallados: varias marmitas de hierro de tres patas (Figura 5), que pese al óxido aún están en buen estado por lo que deben haberse descartado aún en servicio, fragmentos de platos, vasos, ollas de todo tipo, botellas y frascos, huesos, azulejos, materiales de construcción, candelabros y una lista casi interminable para citar. Es evidente que la tradición de enterrar la basura siguió en vigencia en el convento incluso hasta el siglo XX. En ulteriores estudios se podrá detallar todo esta material histórico.

Hay que destacar una pata de mesa de hierro fundido del siglo XIX con la imagen de un macho cabrío, que seguramente fue parte de alguna ceremonia de exorcismo diabólico.

La presencia de estas marmitas de hierro enteras y al menos una olla de cobre, halladas de esta forma por primera vez en la ciudad, llama la atención. En este caso su utilización está documentada desde los primeros tiempos donde entre los bienes heredados al fallecer Narbona figuraban "dos ollas de fierro y un tacho" y "una olla de fierro grande, otra chica, un tacho grande de cobre, dos chicos, dos calderas" (Millé 1955 (II):270). Que las monjas enterraron objetos, lo tenemos narrado cuando lo hicieron para evitar el saqueo de los objetos sagrados por los ingleses en la invasión, donde también se salvaron "los pocos vasos sagrados que no se habían enterrado"

(Udaondo 1945:58).

El aljibe del patio central

En el patio del claustro se encuentra un aljibe de mármol de Carrara con su parte superior de hierro forjado. Es un aljibe de inicios del año 1810 (Magadán, com. personal), en perfecto estado de conservación en espera de ser restaurado. Hasta ahora, absurdamente, estaba lleno de tierra y era usado como un simple macetero. Era nuestra intención excavarlo pero lo único que se nos autorizó fue vaciar la tierra de su parte superior para que pueda ser observado como lo que era, un aljibe y no un macetero, y liberar de los pisos modernos la cubierta de la bóveda (Figura 6). Como todos sabemos, los aljibes no son sólo el brocal, es decir el mármol superior que envuelve el agujero por el que se descolgaba un balde, sino también la gran cisterna inferior donde se juntaba el agua de lluvia. Este posiblemente mida 3,50 metros de diámetro y unos 5 metros de profundidad. Se procedió a limpiar los ladrillos que, en forma circular, formaban el piso original alrededor del él y a la vez indican la dimensión de la gran construcción existente bajo el suelo. Las cañerías que llevaban agua desde la terraza habían sido renovadas en los finales del siglo XIX colocándoles caños de cerámica vitrificada de procedencia inglesa en lugar de los albañales antiguos. En su conjunto, este aljibe es un hermoso ejemplo de la ingeniería simple pero eficiente para el suministro de agua en tiempos coloniales.

Conclusiones: una ventana a la vida cotidiana en el Convento

Ahora nos podemos hacer algunas preguntas acerca de la vida cotidiana en este mundo cuasi cerrado, pero en cuyo interior se reproducía con virtudes y defectos, el exterior. Por suerte tenemos ya bibliografía sobre el ingreso de las monjas al convento (Fraschina 1998) y su vida cotidiana (Braccio 1999, 2000). Creemos que la arqueología histórica puede acercarnos a observar la calidad de vida que tenía este grupo de mujeres "casadas con Dios". Si esto es posible, sin duda que la arqueología histórica está haciendo un aporte interesante al conocimiento del pasado colonial porteño.

En primer lugar debemos tener en cuenta que estas monjas –las de velo negro sin duda y la de blanco en su mayoría- eran de clase alta, entre muy alta y media aunque las donadas y obviamente las esclavas seguían hacia abajo en el orden jerárquico existente tanto adentro como afuera del convento. Pero las de velo negro eran la mayoría, ya que por cada siete de ellas había una de blanco. Los requisitos de ingreso (limpieza de sangre, dote de hasta \$ 2000 y legitimidad de nacimiento) –que alguna vez se flexibilizaron, pero sólo como excepción- hacían que ingresara un grupo bastante selecto; en esto radicaba la diferencia con el otro convento del siglo XVIII, las Capuchinas, pensado desde su origen para mujeres de menores recursos. Incluso el mandato fundacional de Torres Briceño de recibir huérfanas o mujeres pobres en Santa Catalina, nunca se cumplió; sí hubo alguna "parda" entre las de velo blanco, pero eran casos esporádicos. Es decir, se trataba en la mayor parte de mujeres que habían tenido un buen nivel de vida fuera del convento; y no podemos olvidar que estas monjas, si bien hacían votos de pobreza, eran Dominicas y no Franciscanas. La diferencia entre esas órdenes estaba en que una centraba su función terrena en el estudio de la Verdad y de Dios, mientras que las otras en la práctica de la pobreza y el ayuno. Cuáles son los límites entre los votos de pobreza de una orden y otra, o con el mundo exterior, no lo sabemos; pero el estudio hecho de un pozo de basura de los padres de Santo Domingo que excavamos en

otra oportunidad mostró que no eran precisamente pobres al compararlos con otros hallazgos de familias de clase alta en la ciudad (Schávelzon y Silveira 1998; Schávelzon 1999); quizás comían diferente –en especial grandes dosis de pescado–, pero su selección de carnes rojas era variada y apetitosa. Aquí parece haber pasado exactamente lo mismo.

El estudio de los materiales hallados en el pozo de la letrina muestran que los objetos son muy sencillos, de los más modestos que había en la ciudad. Es cierto que hubo un plato de mayólica francesa y otro español del tipo Reflejo Dorado usado por la nobleza habitualmente, pero formaban un porcentaje reducido del total de fragmentos signados en su mayoría por lo simple y rústico; por supuesto puede ser que los objetos fueran para servir a la Superiora. Pero lo que sí podemos decir es que lo visto en la vajilla es modesto, simple y en proporciones más cercanas a la sociedad pobre que a la rica en la ciudad según lo que hemos aprendido hasta la fecha.

Pero con la comida pasa algo totalmente diferente: se trata de una selección variada, gastronómicamente apetitosa, de mucha volatería y pesca. Al contrario nuevamente, con los huesos las monjas fabricaron instrumentos para coser en lugar de comprarlos hechos: ¿quiénes usaban esos objetos?, ¿eran para los niveles inferiores o para todas?

Esto nos lleva entonces a varias preguntas más amplias: ¿los votos de pobreza eran para la vida cotidiana pero no para el edificio o la comida?, ¿la tenencia de donadas y esclavos era coherente con esa contradicción?, ¿tenían una excelente biblioteca pero usaban calzado de cuero crudo sobre madera? Creemos que todo esto no es contradictorio: la Orden no era pobre, por el contrario, era muy rica en propiedades, bienes, esclavos y dinero aunque a veces tuvieron problemas financieros; las monjas en su vida material sí tenían una vida sencilla aunque comían bien en un edificio magnífico. En resumen: los votos de pobreza lo hacían las monjas, no la Orden.

¿Cambió esta actitud en el tiempo? No lo sabemos: si lo hallado en los patios es indicador, en su mayor parte, de tiempos posteriores a la letrina, parecería que la endeble rigidez del siglo XVIII se fue aflojando en el siglo XIX. La sociedad de consumo entró al convento en forma de docenas de frascos de productos farmacéuticos adquiridos en el comercio, botellas de agua mineral y de licores suaves en cantidades tan grandes que hasta se usaron para hacer canteros, e incluso algunas botellas de cerveza y ginebra tanto de vidrio como de gres. Por supuesto estas botellas pudieron usarse para cualquier otra cosa, pero las había en tanta cantidad que las descartaron enteras, y eso sí es un actitud suntuaria en un mundo en el que aún no se desechaba una botella; ésto no es diferente de los braseros y ollas enterrados enteros.

Finalmente, resumiendo esta investigación en el plano de la arqueología histórica ha aportado conocimientos acerca de las instalaciones sanitarias del siglo XVIII para una institución religiosa y su funcionamiento, el conocimiento de detalles de la construcción en lo que hace a la preparación del terreno antes de un obra de esta naturaleza e identificación del nivel original del terreno; el uso de instrumental óseo, punzones y agujas para tareas de bordado y tejido, instrumentos realizados sobre huesos de peces y otros animales de una excelente terminación; predilección por ciertos tipos de carnes y uso de vajilla modesta en su mayoría y el interjuego entre riqueza y pobreza, entre adentro y afuera, entre poder y representación; ésto es quizás lo más interesante que podemos observar en este microcosmos porteño. La excavación no fue lo suficientemente amplia ni sistemática –era un rescate– para dar un cuadro más acabado para cada época, pero al menos nos permitió asomarnos hacia ese fascinante mundo que durante tanto tiempo permaneció cerrado.

Agradecimientos

Agradecemos en primer lugar al padre Rafael Braun, director del convento; a los arquitectos Marcelo Magadán, Eduardo Ellis y Felipe Solari, a todas las organizadoras de Casa FOA y en particular a Virginia Agote

Daniel Schávelzon
Centro de Arqueología Urbana, FADU- Universidad de Buenos Aires
E-mail: dschav@fadu.uba.ar

Mario Silveira
Centro de Arqueología Urbana, FADU- Universidad de Buenos Aires
E-mail: silveira@arnet.com.ar

Bibliografía citada

Bernáldez Sánchez E.

2001 Nuevo enfoque en el estudio de los restos orgánicos conservados en la paleobasura de los yacimientos arqueológicos. *Actas del III Congreso Nacional de Arqueometría*. Secretariado de Publicaciones. Universidad de Sevilla. Sevilla.

Del Carril, B.

1964 *Monumenta Iconographica 1536-1860*. Editorial Emecé. Buenos Aires.

Braccio, G.

1999 Para mejor servir a Dios: el oficio de ser monja. *Historia de la vida privada en la Argentina: país antiguo, de la Colonia a 1870*, vol. I, pp. 225-245, Buenos Aires.

2000 Una ventana hacia otro mundo: Santa Catalina de Sena, primer convento femenino de Buenos Aires. *Colonial Latin American Review* 9(2):187-212.

Fraschina, A.

1997 Los conventos de monjas en el Buenos Aires del siglo XVIII: requisitos para el ingreso. *Actas del 2º Congreso Argentino de Americanistas II*: 91-115. Buenos Aires.

Gómez, R.

1997 *El conjunto de la estancia de Tafí del Valle y la arquitectura jesuita en Tucumán*. Facultad de Arquitectura. Universidad Católica de Salta. Salta.

Henry, S.

1998 Consumers, Commodities, and Choices: A General Model of Consumer Behavior. *Archaeology*, 25(2): 3-14.

Hillson, S.

1992 *Manual Bones and Teeth*. London

Landon, D.

1996 Feeding Colonial Boston: A Zooarchaeological Study. *Historical Archaeology* Vol. 30, Nº 1.

Luna, F., R. Amigo y P. Giunta

1999 *Prilidiano Pueyrredón*. Ediciones Banco Velox. Buenos Aires.

Maza, F. de la

1956 *Arquitectura de los coros de monjas en México*. Instituto de Investigaciones Estéticas. UNAM. México.

Millé, A.

1955 *El monasterio de Santa Catalina de Sena de Buenos Aires*. Buenos Aires.

Moreno, J. L.

1995 La estructura social y demográfica de la ciudad de Buenos Aires en el año 1778. *Anales de Estudios Históricos* 8:151-179. Rosario.

Peña, E.

1910 *Documentos y planos del período edilicio colonial de Buenos Aires*. Tomo IV. Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires. Buenos Aires.

Quesada, V.

1863 Noticias históricas sobre la fundación y edificación del convento de monjas catalinas en Buenos Aires. *La Revista de Buenos Aires*, vol. III, pp. 38-84. Buenos Aires.

Schávelzon, D.

1992 *Túneles y construcciones subterráneas*. Arqueología Histórica de Buenos Aires Vol. II. Editorial Corregidor. Buenos Aires.

2000 *Arqueología de Buenos Aires*. Editorial Emecé. Buenos Aires.

2001 *Santa Catalina de Sena. Informe preliminar de los trabajos arqueológicos*. Buenos Aires.

2001 *Buenos Aires negra: arqueología de la población afro-porteña*. Editorial Emecé. Buenos Aires. En prensa.

Seró Mantero, G.

2000 *La casa de María Josefa Ezcurra, una de las viviendas más antiguas de Buenos Aires*. Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires. Buenos Aires.

Silveira, M.

1999 Zooloarquología de un sitio jesuítico-guaraní: Plaza de Posadas, Misiones. *Actas del Primer Congreso de Arqueología Histórica Argentina*, Mendoza. En prensa.

1999 *Zooloarquología de la Casa Ezcurra*. MS.

1999 *Zooloarquología Histórica Urbana: Buenos Aires*. Tesis Doctoral. Universidad de Buenos Aires. MS.

2001 *Un mundo de mujeres: el convento de Santa Catalina, sus comidas del siglo XVIII vistas por la zooloarquología*. Buenos Aires. MS.

Silveira M. y M. Lanza

1998 Zooloarquología de un basurero colonial. Convento de Santo Domingo (fin del siglo XVIII y comienzos del XIX). *Congreso Argentino de Americanistas*, Tomo 2:531-552, Buenos Aires.

1999 Zooloarquología de un sitio histórico de la ciudad de Buenos Aires: Micheangelo. *Actas del XII Congreso Argentino de Arqueología*, Tomo III:174-177. Buenos Aires.

Silveira, M. y L. Mari

1999 Zooloarquología de la Casa Ezcurra. *XIII Congreso Nacional de Arqueología Argentina. Córdoba*.

2000 Zooloarquología de Vizcacheras 2 (Partido de Coronel Brandsen, provincia de Buenos Aires). *Terceras Jornadas Regionales de Historia y Arqueología*. Guaminí.

Sobrón, D. H.

1997 *Giovanni Andrea Bianchi, un arquitecto italiano en los albores de la arquitectura colonial argentina*. Corregidor. Buenos Aires.

Udaondo, E.

1945 *Reseña histórica del Monasterio de Santa Catalina de Sena en Buenos Aires*. Talleres Gráficos San Pablo. Buenos Aires.



Figura 1. Vista general del claustro del convento de Santa Catalina de Sena donde se hicieron las excavaciones bajo los pisos de las galerías internas y externas del claustro

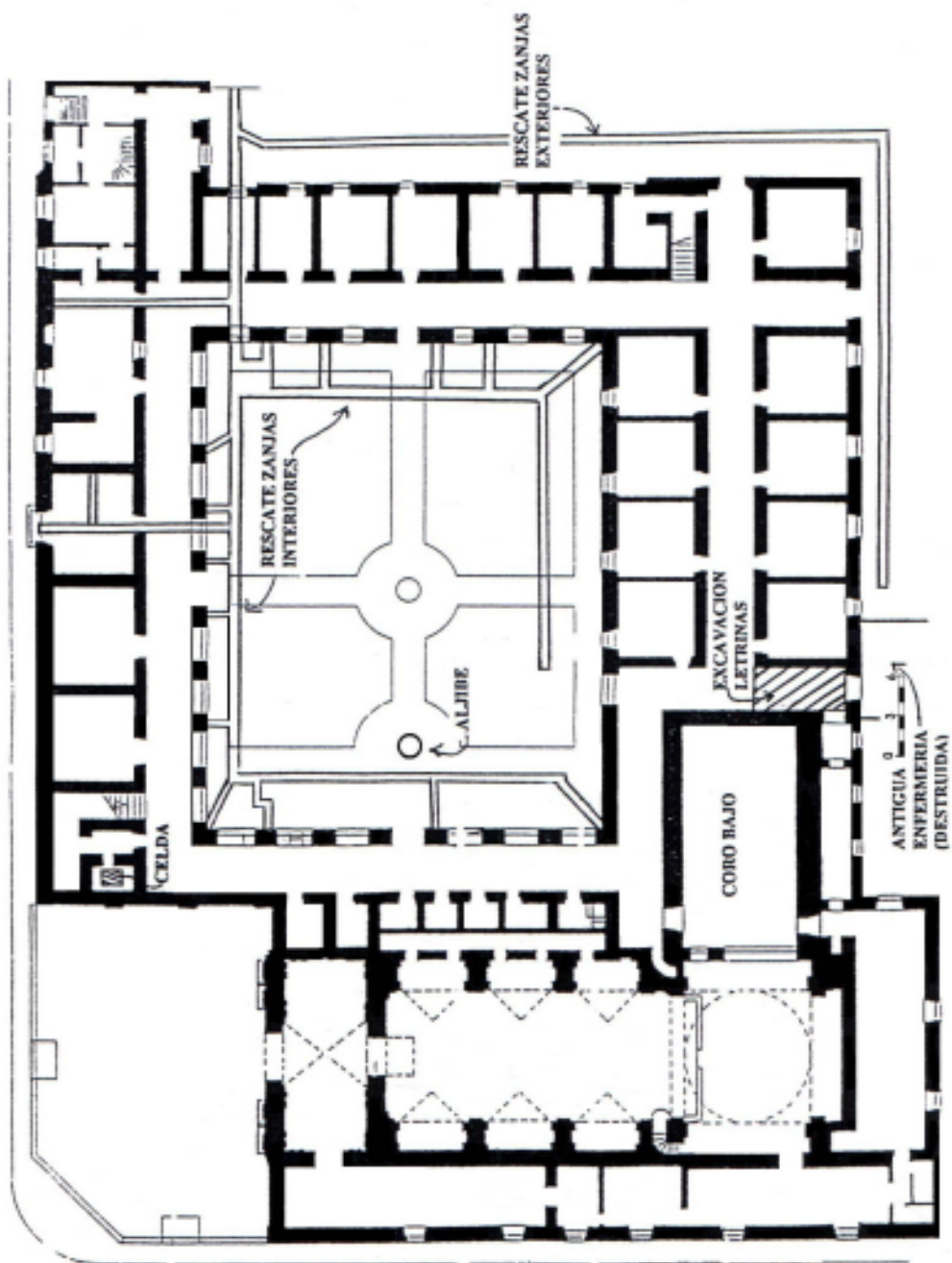


Figura 2. Vista de planta del convento de Santa Catalina de Sena



Figura 3. Vista interior del pozo del baño del convento durante la excavación, donde se ven los muros de ladrillos y los restos de la bóveda que sostenía las letrinas; sistema constructivo habitual en el siglo XVIII



Figura 4. Vasija globular del siglo XVI, posiblemente hecha en Cayastá o la región del Litoral, con dibujos en blanco españoles y manufactura indígena

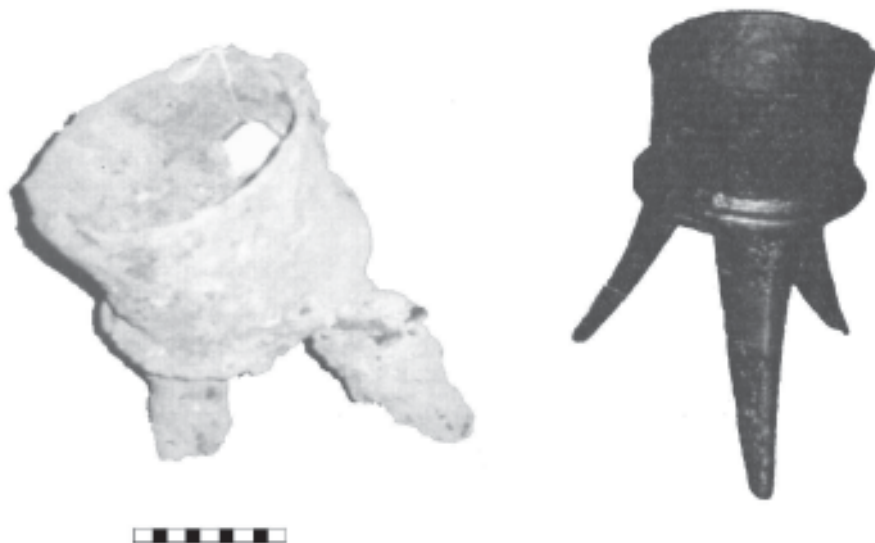


Figura 5. Dos calderos de hierro fundido, ingleses, uno ya restaurado por electrólisis. Eran usados en las celdas de las monjas para comer en privado. Hallados enterrados en el patio central



Figura 6. El aljibe del convento después de ser liberado, limpiado y restaurado; el círculo de ladrillos marca la bóveda que cubre el espacio de la cisterna debajo del piso